

precisamente, replicó la visión; soy la esposa de los sacerdotes, soy la Pobreza evangélica: y la visión desapareció. Comprendió nuestro Santo el sentido de aquella comunicación, y resolvió satisfacer el ardiente deseo de sus mejores hermanos, y, para hablar mejor, de todos los que no le habían abandonado.

Al volver de Frascati, desconsolado José por la gran disminución de las clases, dirigióse á los padres de los niños que faltaban, y principalmente á las familias nobles que habían perdido su fortuna. Todos, sin excepción, le declararon que aquel malhadado certificado de indigencia no les permitía enviar á sus hijos á las Escuelas, prefiriendo privarlos de toda educación á someterse á humillación semejante. No pudo ya dudar José de lo inoportuno de aquella cláusula del Breve, por otra parte tan benévolo, de Paulo V. Aseguró á las familias que en adelante se recibirían niños ricos, y trabajó con todas sus fuerzas para que en el nuevo Breve no apareciese aquella cláusula tan poco oportuna.

Fué publicado éste en 6 de marzo de 1617. Paulo V revocaba el Breve de unión de la Congregación de la Santísima Virgen con la de las Escuelas Pías: llamaba á ésta utilísima para la Iglesia, y de su nombre quiso que se llamase Congregación Paulina. Véase en extracto aquel documento que principia con las palabras *Ad ea per quae*.

«Considerando que para gloria de Dios se extiende más y más cada día la excelente y piadosa obra de educar é instruir á los pobres; Considerando que las Escuelas Pías producen diariamente frutos abundantísimos: Nos, teniendo en vista sus progresos, habíamos confiado su dirección á los Clérigos seculares de la Congregación de la Santísima Virgen. Pero atendiendo á que no quieren éstos renunciar á la posesión de sus bienes inmuebles, imposibilitados por lo mismo para cumplir con las otras funciones, y prefiriendo dedicarse á las suyas propias más que á las de las Escuelas Pías: queriendo, en cuanto está de Nuestra parte quitar todos los inconvenientes, y sostener una obra que tanto bien hace á tantos niños por medio de la educación cristiana: con Nuestra voluntad y la de la Santa Sede, Nos revocamos y anulamos las Letras anteriormente dadas por Nos. Además Nos erigimos de nuevo, y establecemos una Congregación de las Escuelas Pías que será regida y gobernada por un Prefecto, llamándose *Congregación Paulina de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías*. Todas sus casas, exceptuando la del Noviciado, deberán tener Escuelas Pías. Los que quieran pertenecer á ellas, terminados dos años de Noviciado, harán los tres Votos simples de Pobreza, Castidad y Obediencia; pudiendo dispensarles de estos Votos únicamente el Papa. Deberán dar gratuitamente educación á los niños, sin recibir pensión alguna, formándolos en la piedad cristiana. Se observará con todo rigor el Voto de Pobreza, tanto en particular, como en común. El cargo de Prefecto, y la administración y gobierno de

dicha Congregación, Nos los confiamos á nuestro hijo José de Calasanz, actualmente Prefecto de las Escuelas, dando á él y á su Congregación derecho para hacer los Estatutos, reglas, y decretos necesarios y convenientes á su gobierno y al de sus casas y Escuelas. Las Constituciones serán aprobadas por la autoridad eclesiástica». Hemos copiado la mayor parte de este Breve por la importancia que entraña: viene á ser como la Carta de la Sociedad. Al publicarse este Breve, se separaron las dos Congregaciones, como hemos dicho, con todas las señales y con todas las efusiones de la más perfecta caridad.

De común acuerdo escogieron San José y sus hermanos, el hábito propia de los Clérigos Regulares, en armonía con la pobreza que habían prometido: sotana negra de tela de poco precio, y capa algo corta, en los pies sandalias ó zapatos con agujeros en muchos puntos. Dejaron el apellido del siglo, tomando el nombre de algún Santo por consejo del V. Padre Domingo de Jesús y Maria, Carmelita Descalzo que persuadió á Glicerio Landriani á que lo hiciera de este modo. Quince individuos iban á dar principio á la vez á la nueva Congregación. El Cardenal Protector quiso pagar de su bolsillo el vestido de los quince. En la mañana del sábado, 25 de marzo de 1617, vistió él mismo á José en la Capilla de su palacio y en nombre del Papa, dándole facultad para vestir á sus compañeros, lo que hizo inmediatamente en San Pantaleón entre las lágrimas de gozo de todos los elegidos. Conforme á su resolución todos tomaron un nombre de Santo. Calasanz se llamó P. José de la Madre de Dios; el P. Cassani, Rector de la Casa, se llamó P. Pedro de la Natividad de la Santísima Virgen; el P. Viviano-Viviani, caballero de Toscana, P. Bibiano de la Asunción de la Santísima Virgen. Más adelante hablaremos de otros que murieron en olor de santidad. Véase lo que declaró Antonio Tauro, testigo en el proceso de la Beatificación de José. «Los Religiosos que con él tomaron el hábito en número de catorce, eran los hombres más virtuosos de Roma».

Después de aquella conmovedora ceremonia, se fué José á Frascati para consolar y animar á sus hermanos, y prepararlos para recibir el hábito de la Congregación un poco después. Un noble romano les dió un cuadro de la Santísima Virgen, que estaba en gran veneración. Hizolo transportar José á Roma, á la Quinta del Duque de Sora, de donde fué trasladado en procesión á San Pantaleón, á que asistieron todas las corporaciones de la ciudad, el clero, los magistrados y gran concurso del pueblo. Al paso de la Santa Imagen quedó libre del demonio una persona muy conocida; y desde entonces sigue haciendo muchos milagros en favor de los que oran ante ella con gran devoción. Después de aquella ceremonia dió el hábito á muchos clérigos, entre otros, al P. Ottonello-Ottonelli, noble de Módena, á Landriani que tomó el nombre de Glicerio de Cristo, y á Francisco, de los Marqueses de Castelli. Siendo indispensable

un Noviciado para la formación de todos aquellos jóvenes Religiosos, alquiló provisionalmente una casita en la cuesta de San Onofre, siendo Maestro de Novicios el P. Cassani. Mas no tardó en ser reducida para el gran número de postulantes, y arrendó otra más grande entre la Iglesia de Santa María in Via y la fuente de Trevi.

Hállabase entonces el Soberano Pontífice en la ciudad de Frascati. A cada momento preguntaba á sus Prelados, si había llegado el P. José. Cuando iba á visitarle nuestro Santo, le tomaba de la mano Su Santidad, y le decía. Venga, P. José: conversaba con él largas horas, y, terminada la conversación, le decía: P. José, ruegue á Dios por mí.

Calasanz estableció segundo Noviciado en Frascati: asombrosa era la rapidez con que aumentaba la sociedad, una vez que se separó de la de la Bienaventurada Virgen, y abrazó todas las austeridades de la pobreza. Escribióle el P. García que deseaba vivamente entrar en el Noviciado un joven estudiante, y el P. José le contestó en 17 de octubre. «No puedo admitir entré los clérigos á jóvenes que no han terminado los estudios de la Gramática; he rehusado ya gran número, pues no conocen la necesidad que tenemos de que estén bien instruidos nuestros Maestros». Respuesta admirable, llena de sabiduría, que nunca meditarán lo bastante los Superiores de Comunidades Religiosas y de Seminarios Conciliares. ¡Cuántos llenan la casa de hombres sin instrucción, que más tarde han de ser los más inútiles y los más difíciles de gobernar, porque, no habiendo terminado la gramática, les falta siempre la madurez que dan los estudios!

No faltaban entre tanto á José las penas ordinarias de la vida. Ya hemos visto cuánto amaba á Glicerio Landriani. Mientras se trabajaba en la fundación del Instituto, contrajo una enfermedad que duró tres meses, efecto del sentimiento que tuvo por que á pesar de sus grandes deseos no permitió que le dieran el hábito el P. Domingo de Jesús que era su Director escogido por el Papa. El P. José, lleno de solicitud por los enfermos, escribía al P. García, Maestro de Novicios de Frascati. «En cuanto al P. Abad, consulte V. R. al P. Domingo para saber si ha de ir á Campagnono por algunos días, ó á otro lugar, para que respire aire puro, y nos vuelva lleno de salud. Si lo eligen por compañero, vaya con él V. R., y ponga gran cuidado en su servicio.» Llamábale José P. Abad, porque le había obligado el Papa á aceptar la Abadía de San Antonio de Plasencia, para que con sus rentas pudiera mantenerse en las Escuelas Pías. Pero fueron inútiles tantos cuidados, y no se restableció ya Glicerio, muriendo de consunción. Llevaba de pie la enfermedad, y aun salía con frecuencia; pero cada accidente nuevo que tenía agravaba su malestar, y pronto se temió su muerte. El 15 de febrero de 1618 comulgó todavía en la Capilla del Noviciado, y acabada la acción de gracias, dijo con gran gozo á un amigo.

He llegado á lo último: rogad y haced rogar por mí. En la tarde asistió á la mesa y á los demás ejercicios comunes de los Novicios, y como anunció que había llegado su último momento, se le cuidó y atendió con más solicitud aún. Pronto vió el que lo cuidaba que llegaba la hora fatal. Administróle el Superior la Extrema-Unción, respondiendo Glicerio á todas las preces con gran presencia de espíritu, y terminadas las oraciones de los agonizantes, estrechando contra su pecho el Crucifijo, espiró á las seis de la mañana. Al punto, con admiración de todos se coloró su semblante, ordinariamente tan pálido por el rigor de las mortificaciones. Fué trasladado secretamente á San Pantaleón, y aunque á nadie se dió parte de su muerte, hubo tanta gente alrededor de su cuerpo, que su confesor, el P. Domingo, no pudo llegar hasta él, y se vió obligado á hacer la oración fúnebre en la puerta de la Iglesia. Dirigiéndose á la muchedumbre que llenaba la calle, dijo: «Era una columna de la Iglesia, hombre dotado de todas las virtudes, digno de ser inmediatamente canonizado». Hubo que dejarlo expuesto durante muchos días para satisfacer la devoción del pueblo, pero rodeado de guardias para impedir las indiscreciones. Sobre su tumba se grabó la inscripción siguiente. *Hic jacet corpus venerabilis servi Dei, Glicerii Landriani de Christo, ex familia Landriana, Mediolanensis, Abbatis Sancti Antonii Plasentiae, qui obiit die xv februarii anni MDCXVIII aetatis suae xxx.* (1) Fué tal su fama y tal el brillo de sus virtudes y de los prodigios que siguieron á su muerte que el Cardenal Mellini, Vicario de Paulo V, comenzó el proceso de su Beatificación. Pero fué suspendida la causa por Decreto de Urbano VIII, mandando que se dejase pasar tiempo antes de comenzar el proceso, según las sabias leyes de la Iglesia. Quedó enteramente abandonado, cuando, después de la muerte de José, puso toda su atención la Congregación en la Beatificación de su Venerable Fundador.

Nos hemos extendido tanto al hablar de Glicerio, no por lo ilustre de su nacimiento, ni por el brillo de sus virtudes, sino porque fué el primero que murió en la nueva Sociedad, ó más bien el primero que iba á fundarla en el cielo, y á protegerla en la tierra. Decimos que fué el primero que murió en la Sociedad, porque Gelio Ghelini, llamado muy á pesar suyo por su Obispo, murió el 29 de agosto de 1616, como ya hemos dicho. Una carta de San José, escrita al padre de Gelio, Señor Paulo Emilio Ghelini, nos revela un hecho extraordinario que siguió á su muerte. Durante seis meses se conservó incorrupto su cadáver viéndolo toda la ciudad de Vicenza; lo que nada tiene de extraño, añade nuestro Santo, porque con frecuencia concede Dios la conservación del cuerpo á los que han sabido conservar la pureza de su

(1) Aquí yace el cuerpo del Venerable Siervo de Dios, Glicerio de Cristo, de la familia Landriani de Milán, Abad de San Antonio de Plasencia. Murió el 15 de febrero de 1618 á los 30 años de edad.

alma. Tuvo José noticia milagrosamente de la muerte de Glicerio: como todos lo observaron, la anunció antes que llegase el mensajero del Noviciado.

Parecían irreparables los dos vacíos que dejaron aquellos santos jóvenes, y sin embargo, de entonces data la súbita expansión que tomó el nuevo Instituto. Hemos visto que habían vestido el santo hábito gran número de Padres, pero aquello no era sino el primer paso. Invitado por el Papa, hizo José su profesión definitiva en manos del Cardenal Giustiniani el 19 de marzo de 1618. Preparóse para aquel gran acto con todo el fervor posible, haciendo mortificaciones especiales que añadía á las mortificaciones anteriores. Habíase reservado algo de su rico patrimonio de España, y varios buenos beneficios. Habíanle sido muy útiles sus rentas hasta entonces para el sostén de los Maestros y de las Escuelas; y quiso desprenderse de todo antes de hacer el voto de pobreza. Cedió sus beneficios á eclesiásticos pobres y virtuosos, y sus bienes patrimoniales así como lo que conservaba precioso y de algún valor los repartió entre los indigentes, entre los presos y entre los estudiantes pobres. No se libraron los pergaminos de nobleza ni los diplomas de las distintas facultades, dándoles destino bien particular. Sabido es que hasta la Revolución francesa y aun después de ella, era universal el uso de los azotes en las escuelas. Todos nuestros grandes hombres recibieron azotes, y leemos en las memorias de Laporte, que los recibieron Luis XIV, su hermano el Duque de Orleans, y su primo el Gran Condé, y todos los días. No había Colegio en que no hubiera un hermano que azotaba. Todo esto lo han suprimido los *inmortales* principios del 89: ¿valemos nosotros más que nuestros padres? Respondan las Escuelas laicas. Pensaba José que era faltar á la pobreza destruir sus pergaminos: los cortó, pues, en estrechas tiras, é hizo azotes para que aquellos gloriosos documentos sirvieran hasta en su destrucción para corregir á los estudiantes: no sabemos si le serviría esto de consuelo. Inmensa fué la alegría de José al terminar aquel acto: bendecía á Dios que por tan milagrosas visiones lo había llamado á la Santa Pobreza. En adelante ningún miembro de su Instituto poseería cosa alguna: la Providencia sería la única fuente de su Obra: y veremos que esa fuente jamás se le agotó.

La Congregación no tenía más que dos Casas, la de San Pantaleón y la de Frascati. Quiso el Cardenal Giustiniani que fundase otra en Narni, Capital de Umbría: ¿cómo negarse á un Protector que tanto hacía en obsequio de su Instituto? Después de Pascua, y á instancias del Cardenal, el concejo de aquella ciudad dió un Palacio antiguo, habitado en otro tiempo, según decían, por el emperador Nerva. El 20 de octubre de 1818 se abrieron las Escuelas teniendo por Superior al P. Cassani. Enseñábase allí desde los primeros elementos de las letras hasta la Retórica, la Teología y la Moral. Se necesitaba numeroso personal, conque no contaba la Congregación, y sin embargo



DE REPENTE VE QUE DESCENDE DEL CIELO SOBRE UNA BLANCA NUBE,
Y RODEADA DE RESPLANDORES LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA—

exigía más aún el Cardenal. Renunció el Obispado de Palestrina, nombrándolo el Papa Obispo de Magliano, en la Sabina. José le escribió: «Conocéis el Breve de nuestra erección: nuestra »Congregación Paulina no puede entenderse á más de veinte »millas de Roma: además no tenemos sino novicios: sólo yo soy »profeso por especial gracia de Papa.» Bien poco valian aquellos dos obstáculos para el Cardenal: obtuvo del Padre Santo la anulación de la restricción de las distancias, y permiso para continuar el Noviciado, ocupándose en el ministerio de las Escuelas. No pudo negarse José, y después de preparada la Escuela de Narni, fué á Magliano para enterarse del número y de la calidad de los individuos que componían aquel Seminario. De allí se dirigió á Mentana, célebre por la derrota de Garibaldi dos siglos más tarde. El P. Tomás Victoria fué nombrado Superior de las Escuelas de aquella Ciudad.

En aquel tiempo tuvo San José una pérdida muy sensible, la de Jorge Mazza, de Monferrato, uno de los catorce que habían tomado el hábito con él. Se ha conservado una nota escrita de su puño y letra. «*P. Mazza obiit sancte in Domino, die decima sexta novembris 1618.*»

A pesar del aumento de trabajo de las tres fundaciones, puso toda su solicitud nuestro Santo en la casa de San Pantaleón. Al fin de este año elevóse á cerca de mil el número de alumnos que tanto había disminuido: y plugo á Dios manifestar por medio de un milagro lo grata que le era aquella casa. Asistía un día el P. José á la oración continua en el Oratorio: de repente ve que desciende del cielo sobre una blanca nube y rodeada de grandes resplandores, la Santísima Virgen María, acompañada de millares de ángeles y con el niño Jesús en los brazos. Acercóse la visión á José y á los niños, manifestando sin igual placer de verlos en derredor del altar. Vuélvese María á su hijo, y le suplica bendiga amorosamente á aquellos niñitos. Levanta Jesús la mano derecha, y desciende al mismo tiempo sobre ellos lluvia abundante de celestial rocío para mostrar la abundancia de bienes que les concedía: y desapareció la visión. Célebre se ha hecho este suceso en los Anales de la Congregación. Hízolo pintar José á un maestro bastante mediano, pero barato, y expuso el cuadro en el Oratorio donde se había realizado el suceso. Más tarde se pintó otro cuadro más acabado, colocándose el primero en la habitación de nuestro Santo, donde quedó hasta su beatificación. El grabado ha reproducido esta aparición gran número de veces.

Era gran bienhechor de las Escuelas Pías Mgr. Sextilio Mazza, Obispo de Alessano y Canónigo de San Pedro. Cerca de la Basilica del Vaticano en la ciudad Leonina ofreció una casa, y el 2 de enero de 1619 se abrieron las Escuelas, siendo Rector el P. Francisco Castelli. Era la sexta Fundación, incluso el Noviciado.

En aquel tiempo llegó á Roma para dejar el santo hábito un

hermano Coadjutor, llamado Arcángel Sorbini. Prohibió nuestro Santo al Ropero que le diese el traje de seglar. «Es tentación de cinco días, dijo: ahora le toca al diablo, después le tocará á Dios». El quinto día la tentación del Hermano era mayor que nunca: le reprendió José, mandándole ir á la Capilla á rezar, no debiendo salir hasta que le llamara. Después de un rato, sintió un golpe en la espalda, y oyó una voz que le decía: «Le llama á V. el Padre». Se volvió, y no viendo á nadie, pensó que era un ángel que le enviaba José. Asustado, fué á echarse á los pies del P. General. «¿Todavía quiere V. irse? le dijo éste:—» ¡Ah! no, contestó con resolución.—Dios le bendiga, hijo mío, » en adelante ya no tendrá V. esa tentación.» Y sucedió así, como lo declaró el mismo Hermano en 1651. Fué ordenado sacerdote, perseveró en medio de las tempestades y ruinas de la Orden, y murió en 1666.

Yendo á Roma con el P. Lorenzo este mismo Hermano, aquél golpeó con cólera á un jumento cargado de fruta, porque no andaba bastante aprisa, y tropezaba á cada momento. Llegados á San Pantaleón, fueron según la costumbre á arrodillarse delante del Padre, y á pedirle la bendición: Pero en lugar de bendecirlos, reprendió fuertemente José al P. Lorenzo por su aspereza, diciéndole hasta el número de golpes que había descargado sobre el pobre animal, y terminó con estas palabras: «¿Desearía V. que lo castigase Dios por sus pecados, como ha castigado V. al pobre jumento? Hombre inútil, le ha proporcionado Dios la ocasión de hacer méritos con la paciencia, y V. no ha sabido aprovecharla». Se levantaron los dos bien asustados, y Lorenzo dijo á Sorbini: «Hay que creer que el P. General nos ve aun desde lejos».

Hallábase José en la Sacristía en otra ocasión, cuando llegó un pobre pidiendo pan para él y para su familia. Ordenó al Refitolero que diese á aquel hombre cuatro panes. «No hay más que ocho, respondió, y apenas si bastan para la comida de tantos Padres.—Obedezca, V., replicó José, y Dios proveerá». Era la hora del examen que se hace un cuarto de hora antes de comer. Suplicóle el Refitolero que se retrasase la hora de la comida para poder buscar pan, pues no había bastante. «Toque V. la campana, respondió el Santo, que jamás faltan Dios y la Santísima Virgen». En aquel momento llamaron á la puerta dos jóvenes con dos canastas de rico pan, enviado por su Señora, cuyo nombre no quisieron decir. Todo contento el Portero llevó el pan al Comedor, y volviendo después con las canastas, como se acostumbraba, ya no halló á las jóvenes, ni se supo quiénes eran, ni de dónde habían ido. Después de la comida oyó José al Refitolero que contaba todos aquellos pormenores, y le dijo. «Aprenda V. á obedecer y á dar limosna, que jamás dejan de proveer Dios y su Santísima Madre.» Y asegurando el Hermano que habían llevado aquel pan los Angeles, le mandó José que no hablase de aquella manera, sino que di-

jese que era una insigne bienhechora que no había querido dar su nombre, lo que sentía en el alma.

El mismo día había invitado á José á comer el Sr. Félix de Sotis, recomendando á la cocinera que preparase un magnífico banquete, porque esperaba un extranjero: «Un extranjero, contestó ella estremeciéndose: es mi mayor enemigo.—¿Cómo! ¿el P. José, ese gran siervo de Dios, es tu enemigo?—Sí, es mi mayor enemigo». Creyóla loca el amo, y se fué á buscar á su huésped. En el camino se detuvo José conversando con algunas personas, adelantándose el Sr. Sotis con el compañero de nuestro Santo. Entró él el primero, y dijo á la cocinera. «No puede venir el P. José, y en su lugar ha enviado á su compañero.—¿Cómo? ¿no viene? se ha detenido en el camino para hablar». Se comprende que había en ella algo más que locura, y que estaba poseída del demonio, pues apenas entró el P. José, comenzó á hacer mil extrañas contorsiones, y después de mirarle con ojos de fiera, le declaró que era su mayor enemigo, y corrió á ocultarse en su cuarto. Esa mujer es posesa, dijo el Santo; y poniendo las dos manos en la cabeza, añadió: «Basta, anda haz tu obligación». Y al punto quedó curada.

Entre los catorce primeros compañeros de José había un joven caballero de Luca, llamado Antonio Bernardini. Su ciencia y sus grandes virtudes le llamaban al sacerdocio: pero jamás pudo resolverse á ello su humildad: á cuantas exhortaciones se le dirigian respondía: «La dignidad sacerdotal es cosa muy terrible: los mismos ángeles tiemblan ante ella». No quiso José contrariar su vocación: permaneció simple coadjutor, desempeñando los trabajos más duros y más despreciables de la casa. A los veinticuatro años, siendo perfecto religioso, cayó enfermo en San Pantaleón. Sintiendo en la noche del 11 de agosto de 1619 que se aproximaba su fin, suplicó al Padre que estuviera junto á su cama en la hora de su muerte para recibir su última bendición. Prometióselo José, y ordenó al P. Cananci que lo cuidaba aquella noche, que le avisase, cuando fuera inminente el peligro. Pero no atreviéndose el P. Cananci á despertar á José que dormía siempre tan poco, murió el hermano sin el auxilio de su Superior. Al saber que se estaba vistiendo el cadáver, apenóse grandemente nuestro Santo por lo que había sucedido. Se acercó al muerto, y llamándole por su nombre, volvió al punto á la vida. Reprendióle José por haber partido sin su permiso. «¿Moris con gusto? le dijo.—Sí, Padre, contestó». Abrazóle entonces tiernamente, le recomendó que rogase á Dios por él, le bendijo derramando lágrimas de ternura, y segunda vez se durmió Bernardini en el Señor. Era el primer profeso que moría en la Sociedad, porque ni Gelio ni Glicerio habían hecho los votos.

Moriase de calenturas malignas otro hermano coadjutor: tomó el Santo un pescado, lo bendijo, comió de él el hermano, y recobró la salud.

Persuadió al Papa el Cardenal protector de que los dos años